

rodilla ante su ídolo? Las armas de fuego nos han puesto á cubierto de semejante calamidad (1).

¿Surgirá de entre nosotros, cuando el cristianismo se haya completamente desacreditado, algun hombre que predique un nuevo culto? No se pierda de vista que en tal caso los pueblos seran demasiado indiferentes en materias de religion, y estaran demasiado corrompidos para hacer caso de los delirios del nuevo profeta: por lo tanto su doctrina moriria en nuestro siglo tan desprestigiada como la de los *iluminados*. Sin embargo, ó ha de existir una religion, ó ha de perecer la sociedad. Cuanto mas se examina esta cuestion tanto mayor es el terror que se apodera del alma: no parece sino que la Europa está abocada á una revolucion, ó mas bien á una disolucion, de la cual los trastornos de Francia no han sido sino precursores.

Otra hipótesis. ¿No sería tambien posible que los pueblos llegaran á un grado tal de luces y de conocimientos morales que no tuvieran necesidad de ningun culto? ¿No ha cambiado el descubrimiento de la imprenta todos los antiguos datos sobre el particular? El exámen de este asunto pertenece al sistema de perfeccion de que hablaré en otra parte, y sobre el cual no diré en este momento sino una palabra.

Cuando se reflexiona que la gran causa que con tanta frecuencia renovó la faz del mundo antiguo ha cesado ya enteramente, y cuando se considera que la Europa no debe tener temor de la irrupcion de los pueblos salvajes, se abre para el observador un inmenso campo de conjeturas.

¿Cuál será el destino de las futuras generaciones? Puede esta cuestion resolverse de dos modos.

O bien los pueblos, enteramente ilustrados por un prodigioso cúmulo de luces, se unirán bajo un mismo gobierno en un estado de felicidad inalterable;

O bien desgarrados interiormente por revoluciones parciales, despues de largas guerras civiles y de una anarquía espantosa irán simultáneamente cayendo en la barbarie. Durante aquellos trastornos, algunas naciones menos avanzadas en la corrupcion y las luces, se elevarán sobre las ruinas de las otras, hasta que les llegue la hora de perecer por las mismas causas que las anteriores; volverán las primeras á surgir nuevamente: volverán á caer, y así andará continuamente el género humano agitándose en un eterno círculo de revoluciones.

Si de lo pasado podemos deducir algunas conjeturas para lo venidero, será preciso confesar que esta última solución es la mas análoga á nuestra debilidad (a): si se me pregunta qué pueblos seran los pri-

(1) Esta ventaja será nula si los gobiernos cristianos tienen la locura de enseñar el arte de la guerra á los sectarios del Alcoran. Crimen sería ese de lesa-civilización que nuestros venideros, tal vez cargados de cadenas echarian en cara con lágrimas de sangre á cuatro miserables hombres de Estado de nuestro siglo. Esos mal llamados políticos no habrían hecho mas que invocar en beneficio de sus mezquinos sistemas á los fanáticos soldados de Mahoma, dándoles medios de vencer, y consintiendo que se les enseñara el arte de la guerra. Y no siendo la disciplina militar lo mismo que la civilización, no cabe duda que los bárbaros adoradores del Profeta pueden siendo dirigidos por oficiales renegados aprender á ganar batallas con las mismas reglas que los soldados cristianos.

El mundo mahometano bárbaro estuvo á punto de subyugar al mundo cristiano bárbaro. Sin el valor de Carlos Martel tal vez en la actualidad cubriria un turbante nuestra cabeza. El mundo mahometano *disciplinado* podrá poner en el mismo peligro al mundo cristiano *civilizado*. No se necesita para eso tanto tiempo como generalmente se piensa, diez años bastan para formar un buen ejército, y pues los cosacos, vasallos de czar han llegado á bañarse en el Sena viniendo desde las fronteras de la China, nada habria de extraño que los negros de Abisina, esclavos del Gran Turco vinieran á solazarse en el patio del Louvre. (N. ED.)

(a) No: el progreso de las luces es un hecho indudable;

meros en destruirse, responderé que seran los que se hallen mas corrompidos. Sin embargo, hay eventualidades y sucesos incalculables que pueden causar la ruina de una nacion antes de la época marcada por la naturaleza. Pero esas visiones políticas son demasiado inciertas: solo pueden servir cuando mas para satisfacer la inclinacion de nuestra alma que la induce á fijarse en perspectivas infinitas, y pues nada útil podemos aprender sobre el particular, dejemos de interrogar á los siglos venideros, demasiado distantes para que podamos oírlos, y cuya débil voz espira al remontarse hasta nosotros al través de la inmensidad del porvenir.

He llegado ya al término de la primera parte de mi empresa. He presentado al lector una historia casi completa de las revoluciones de la Grecia, consideradas en sus analogías con la revolucion francesa. Vamos ahora á dejar la sagrada patria de los talentos, para no volver ya á ocuparnos mas de ella. Si he sabido inspirar durante el viaje algo de interés al lector, espero que no se desdenará de seguirme en la correría que voy á hacer por Italia y por los pueblos modernos; pero antes es preciso decir un último adios á Esparta y Atenas, y tratar de resumir todo lo que hemos aprendido.

## CAPITULO LVI.

### RESÚMEN.

En la primera parte de este libro, primero hemos estudiado la *revolucion republicana de la Grecia*, examinado su influencia sobre las naciones contemporáneas, y seguido sus ramificaciones hasta perderlas de vista.

En la segunda parte de este mismo libro, comprendida bajo el título de *Revolucion de Filipo y Alejandro*, hemos fijado la atencion en los tiranos de Atenas, en Dionisio de Siracusa, en Agis de Esparta, en los filósofos griegos, en su influencia política y religiosa y en la historia del origen, progreso y decadencia del politeísmo: como paralelo de todos esos acontecimientos hemos presentado la Convencion francesa, los Borbones en su emigracion, Luis XVI en Paris, los filósofos modernos, la influencia que en su siglo ejercieron, y por último, hemos tambien presentado un apéndice histórico del cristianismo y del clero. La primera parte forma un todo compacto que se enlaza mutuamente y la segunda es un conjunto de documentos análogos no menos instructivo. Fáltanos, pues, ahora reconocer la altura en que nos hallamos y hasta qué punto hemos avanzado respecto del plan general del *Ensayo*.

Por de pronto nos hemos ocupado (y nos ocupare-

mos) como que ya no es posible, gracias al descubrimiento de la imprenta, que estas perezan por mas revoluciones que se supongan, el esplendor de aquellas irá siempre en aumento. No es posible suponer que esas luces, mas ó menos derramadas sobre la multitud, dejen de ejercer su influencia sobre la sociedad en general. ¿Podrá contarse la hipótesis de una destruccion casi completa del mundo civilizado por la guerra, ó por la peste? Advértase que América se ha civilizado á su vez lejos de la vieja Europa, y que por lo tanto sería preciso suponer que las naciones del nuevo continente habian de ser destruidas al mismo tiempo que las del antiguo. Hasta el espacio que la civilización ocupa en la actualidad sobre el globo es una nueva esperanza de que nunca podrá llegar á ser destruida. Fácil era que allá en los tiempos remotos hubiera perecido al impulso de una invasion de los bárbaros, porque entonces se hallaba únicamente reducida á los pequeños límites de la Grecia: pero en la actualidad, aun cuando fuera posible, aun cuando llegara á verificarse otra invasion de pueblos desconocidos como podrían los nuevos bárbaros recorrer para extinguir la civilización las cuatro partes del mundo y hasta las islas del océano Pacífico? (N. ED.)

mos aun por mucho tiempo) en la investigacion de estas cuestiones, á saber:

1.<sup>a</sup> ¿Cuáles son las revoluciones que durante otros tiempos han ocurrido en los gobiernos de los hombres? ¿Cuál era en aquellas épocas el espíritu de la sociedad, y cuál fue la influencia de esas revoluciones en la era en que se desarrollaron y siglos que las siguieron?

2.<sup>a</sup> ¿Habrá entre esas revoluciones alguna que por sus tendencias, ó por las costumbres y luces de su época pueda compararse con la revolucion francesa? Trátase ahora de saber si en realidad hemos dado algun paso hácia la solución de estas cuestiones.

No puede negarse que hemos dado uno y de bastante consideracion: aunque este libro no constituya sino una pequesimísima parte del inmenso asunto de la obra, puede sin recelo ninguno decirse que la mayor parte de las cosas que algunos querian hacer pasar por nuevas en la revolucion francesa, han sido casi literalmente copiadas de la historia de la antigua Grecia. Hemos adquirido el importante conocimiento de que el hombre, en la limitacion de sus medios y de su genio, nada mas hace que repetirse eternamente; que se agita en un círculo cuya salida (a) procura en vano encontrar; que hasta los mismos sucesos no dependientes de la accion del hombre, y que al parecer estan enlazados con el mero capricho de la fortuna, no hacen tampoco mas que reproducirse eternamente: de manera que sería imposible componer un cuadro, en el cual todos los sucesos imaginables de la historia de un pueblo dado, se hallasen reducidos á una exactitud matemática, y aun cuando de la composicion de ese cuadro surge una inmensa variedad de cálculo, dudo que sus caracteres primitivos pudieran llegar á ser extremadamente numerosos (1).

¿Pero qué fruto podría sacarse de esa observacion en provecho de la revolucion francesa? Uno muy grande.

En primer lugar, cualquiera que se llegue á convencer de que nada hay nuevo en la historia, perdería la afición á las innovaciones, afición que yo considero como una de las mayores calamidades que en estos momentos afligen á la Europa. El entusiasmo, por lo tocante á este particular, proviene de la ignorancia; disípese esta y el otro se desvanecerá; el conocimiento de los hechos obra como un poderoso narcótico sobre la exaltacion.

Pero ademas de esa gran ventaja ¿quién no comprende que ese cuadro general de las causas, fines y efectos de las revoluciones conduce gradualmente á resolver la cuestion última que nos hemos propuesto por objeto

(a) No se agita el genio del hombre en un círculo del cual no puede salir. Antes por el contrario (prosiguiendo la alegoría) traza círculos concéntricos que cada vez se van haciendo mayores, y cuya circunferencia se aumenta sin cesar en un espacio infinito. Obstinándose en el *Ensayo* en juzgar lo presente por lo pasado deduzco muchas consecuencias; pero partía de un punto falso: en la actualidad niego la mayor de mi argumento, y todas aquellas consecuencias vienen al suelo. (N. ED.)

(1) Ese cuadro ó estado es fácil de componer y no sería un juego frívolo. En él podrían establecerse como principios dos clases de gobierno, el monárquico y el republicano, el hombre político y civil se encontrarían colocados en dos columnas: en la tercera se indicarian los diversos grados de ignorancia é ilustracion, y en la cuarta las eventualidades. Multiplicados todos esos números por las diversas pasiones como la envidia, la ambicion, el odio, el amor etc. se indicarian sus resultados en una quinta columna: todo eso vendría á resolverse en fracciones compuestas por los matices de carácter etc. Pero guardémosnos bien de trazar semejante cuadro: sus resultados serian tan terribles que ni aun me atrevo á suponerlos.

\* Idea ingeniosa pero enteramente inútil. En tiempo de la Calprenede y de la señorita Scuderi se hacian mapas de *La Ternura* que debian ser muy parecidos á mi estado de la política. (N. ED.)

de esta obra, esto es, á saber. «Si la revolucion francesa se consolidará? Vemos efectivamente pueblos que hallándose en igual posición que la Francia, han intentado las mismas cosas; viendo las razones que dieron buen resultado, ó hicieron fracasar sus proyectos; no habrá un motivo para conjeturar el establecimiento ó la caída de la república en Francia? Ya he dejado entrever mi opinion (b) por lo tocante á este asunto; mas aun no es ocasion de desenvolverla por completo, pues debe ser el resultado del conjunto de las revoluciones y no de una parte de estas. De todos modos es indudable que he seguido el único camino que conduce al descubrimiento de esta verdad, que interesa no solo á Europa, sino al resto de todo el mundo.

Debo hacer observar que el lector que desee formular un juicio exacto, no deberá descuidar un momento de emplear toda su cautela; porque es absolutamente necesario que considere los objetos bajo su verdadero punto de vista. Mucho menos se trata de la semejanza de la política y de los acontecimientos, que de la situacion moral del pueblo: las costumbres, ese es el punto que no se ha de perder de vista y la clave del libro del destino (c) Si repito con sobrada frecuencia esa palabra *costumbres*, es porque en realidad, son el centro en torno del cual giran todos los nuevos políticos: en vano pretenden desviarse; á su pesar tienen que describir en rededor su órbita; ó caer en un vacío sin límites, si acaso llegan á desprenderse de aquel centro comun de atraccion.

El segundo tomo de este *Ensayo* va á principiar con las revoluciones romanas (d), asunto que aun tiene mas magnificencia que el que acabamos de describir. Fácil es reparar que en cuanto me es dable, procuro variar la marcha de esta obra; pero todo asunto tiene sus defectos, y el de esta obra, á pesar de su grandiosidad, tiene el de caer en repeticiones. Procuraré, pues, escribir cada revolucion bajo un plan distinto de las otras como ya lo he practicado en las dos primeras partes de este libro.

Despues de haber demostrado lo que resulta de la lectura de este libro por lo tocante á la verdad general, paso á notar algunas verdades particulares que se pueden deducir acerca de la naturaleza del hombre considerada en sus relaciones morales y políticas; voy pues á presentarlas en el estado en que existen en mi manuscrito, en forma de pensamientos sueltos indicando únicamente el asunto que me las ha suministrado.

El hombre se compone de dos órganos diferentes en su esencia, sin relaciones en su poder: la cabeza y el corazón.

El corazón siente, la cabeza compara.

(b) Esta opinion indudablemente sería la de que la revolucion francesa no llegaría á consolidarse. En esta opinion habia tanto de verdad, como de mentira; la primera, porque la república debia transformarse en despotismo militar ó en monarquía templada; la segunda porque era imposible que la revolucion no dejara huellas en pos de sí. Finalmente lo que en particular podia llamarse inexacto en esa opinion era el querer sacar consecuencias de la sociedad antigua á la moderna y sacar comparaciones de hombres y cosas que ninguna relacion tienen entre sí. (N. ED.)

(c) Es cierto por lo tocante á los pueblos antiguos, pero no respecto de los modernos. He repetido mil veces esta observacion en el curso de la obra. (N. ED.)

(d) El *Ensayo* en la edicion de Londres no formaba mas que un volumen de 681 páginas. En la edicion actual el aumento á que se refiere esta nota formaría el segundo tomo, si alguna vez pudiera ocurrirse el continuar semejante obra. Es cierto que su continuacion obra en mi poder; pero las llamas me libraran de ella, salvando únicamente algunas páginas que emplearé en otra obra. Espanto me causa el considerar mi prodigiosa fecundidad. Preciso es que en mi juventud los dias tuviesen para mí mas de 24 horas: algun demonio alargaba sin duda el tiempo que yo empleaba en mi diabólica ocupacion. (N. ED.)

El corazón juzga del bien y del mal y la cabeza de las relaciones y los efectos.

La virtud dimana del corazón; las ciencias de la cabeza.

La virtud es la ciencia escuchada y obedecida: la ciencia es la naturaleza ilustrada.

El vicio y la virtud con arreglo á la historia, son al parecer una suma dada que ni se aumenta, ni se disminuye; las ciencias por el contrario, son á manera de incógnitas que continuamente se están despejando. ¿En qué viene á parar el sistema de perfección? (a) (*Pensamientos sacados de la consideración de la edad filosófica de Alejandro, llena de luces y de corrupción* (b).)

No hay mas que dos principios de gobierno: la asamblea general del pueblo, y la no asamblea general del pueblo.

En el primer caso el Estado es una república; en el segundo una monarquía.

Si el pueblo se reúne parcialmente la constitución prosigue siendo monárquica ó bien es una reunión de pequeñas repúblicas. La reunión de los sufragios no es en tal caso el voto de un pueblo, sino un número colectivo de votos.

Cada una de aquellas asambleas, teniendo en sí misma todas las propiedades de cuerpo político, se convierte en una pequeña república perfecta y viviente en su totalidad: no tiene esa pequeña república el derecho de someter su opinión á la sección inmediata, así como tampoco está sujeta á tener que adoptar la opinión de esta. De aquí resulta que la Francia con sus asambleas primarias no es una república.

¿Cómo han de representar esas asambleas primarias el pueblo? ¿No es la hez de la población la que se reúne, y la que separando de su seno á los hombres de bien, nombra tal ó cual diputado por una cantidad dada de asignados? ¿No se funda en esa misma circunstancia el pretexto que suelen los representantes alegar para prolongar el ejercicio de sus funciones? Al entregar la república á unos hombres sin costumbres, los gobernantes de Francia parece que no desean mas que buscar una razón legal para destruirla (c): esto me hace acordar de aquel tirano de Roma que para salvar el texto de la ley que prohibía ejecutar la pena de muerte en una virgen, la hacía violar anticipadamente por el verdugo (*Reflexiones deducidas del examen de los gobiernos de Grecia, en que no fue conocida la representación*).

¿No os admiran los prodigios de la revolución francesa, sus victorias, sobre la Europa etc.? Sin duda que sí: contemplo sus gigantescos esfuerzos con la admiración con que los romanos asistían á la danza de los elefantes sobre la cuerda, mucho menos admirados de la rareza del espectáculo, que de ver al coloso suspendido en el aire sobre una base elástica de algunas pulgadas y amenazando abrumar á los espectadores con su caída (d). (*V. el paralelo de las guerras médica y republicana*).

¿De qué se trataba entre Harmodio é Hiparco? De un asunto que en nuestro moderno lenguaje podría

(a) Precisamente mi distinción entre la parte moral y la intelectual del hombre no destruye ese sistema. (N. ED.)

(b) (Ese paréntesis en letra bastarda y los que siguen se hallan también impresos en mi edición de Londres; lo cual quiere decir que las reflexiones diseminadas en ese capítulo han sido sugeridas por los diversos pasajes del *Ensayo* á los cuales debe referirse el lector al encontrar semejantes paréntesis.)

(c) Razonables serían esas observaciones generalmente hablando sino me olvidara de la forma representativa, sea de la república, sea de la monarquía. (N. ED.)

(d) Crítica y alabanza bien fundadas, pues los triunfos de la Francia no tenían por base la libertad, ni eran producidos mas que por el despotismo republicano ó militar, pero daban margen á la gloria que servía de contrapeso al crimen, y de la cual debía á su vez nacer la libertad. (N. ED.)

llamarse una mera etiqueta. Hiparco obligó á una hermana del primero á retirarse de una procesión pública: y de ese suceso nació la guerra médica. La política es con relación á la moral, lo que el fuego en el mundo físico, un elemento universal producido por todos los choques, y que nace de todo género de colisiones (*Fácil es conocer el asunto de donde he deducido esa observación*).

La libertad, hija de la virtud marcial, es á manera de aquellos niños que por fuerza tienen que ser separados del pecho de su madre, cargada de malos humores, y alimentarse con otra leche mas pura; no puede vivir, sino siendo nutrida en el seno de las buenas costumbres. (*Consideración del estado de Atenas despues de la guerra médica*).

¿Por qué pereció Agis en Esparta? ¿Por qué Dionisio fue expulsado de Siracusa? ¿Por qué Trasíbulo tuvo que emigrar de su nativo suelo, de Atenas? Porque en Esparta, en Siracusa y en Atenas había hombres y teniendo presente la incomprensible indole del corazón de este bipedo se explican todos los fenómenos de ese género. (*Esparta, Atenas, Siracusa*).

¿Libertad! ¡Magnífica palabra! ¿Qué es libertad política? Voy á explicárolo. Un hombre libre significaba en Esparta un ciudadano, cuyas horas estaban arregladas como las de un estudiante bajo la férula, que se levanta, come, se pasea, ejercita sus fuerzas en presencia de un maestro cargado de años que le cuenta que también él ha sido joven, valiente y atrevido en otros tiempos; si las necesidades de la naturaleza, si los derechos de un casto himeneo hablan á su corazón, forzoso le será cubrirlos con el mismo velo con que se oculta el crimen: si le refieren la muerte de un amigo debe tener aparejada una sonrisa para oírlo; si le mandan que vaya á degollar á un ilota inocente, á un ilota, esclavo suyo en el mismo campo donde el infeliz está derramando el sudor de su rostro en beneficio del amo, preciso es que el hombre libre ejecute la orden por mas que en sus entrañas sienta todas las emociones de la piedad.

Os engañais; esa no es la libertad política, ni los atenienses la entendían de esa manera. —¿Pues cómo?—Entre ellos era preciso tener cierta renta para ser admitido á los cargos públicos del Estado y cuando un ciudadano había contraído deudas era vendido como esclavo. Un orador con tal que supiera hilvanar frases en la tribuna hacia hoy envenenar á Sócrates, y mañana desterrar á Foción. El pueblo libre tepia siempre á su orden, pero solo en cuanto á la fórmula á Pisistrato, Hipias, Temístocles, Pericles, Alcibiades, Filipo, Antígono ú otro de este jaez.

Desearia saber cuántas libertades políticas hay; pues todas las demás pequeñas ciudades de la Grecia poseían al mismo tiempo sus libertades y no explicaban esta palabra en el mismo sentido que los atenienses y los espartanos. Singular gobierno es ciertamente el de una república donde es preciso que todos los miembros sean unos Catones, ó al menos Catilinas: si entre los primeros hay un solo malvado, ó entre los segundos un solo hombre de bien; la república deja de existir (e). (*Libertad*).

Los ciudadanos, según algunos dicen, son esclavos; pero no lo son sino de la ley. Pura superchería de palabras. ¿Qué me importa que sea la ley ó el mo-

(e) ¿Me alabaré? No me faltan ganas de hacerlo. La cólera que domina en esas páginas me divierte; ya las había olvidado completamente. Hablemos con toda formalidad: mi modo de raciocinar es vicioso porque confundo las formas de la libertad con el principio de ella. No soy republicano, ni lo seré nunca: por convencimiento he preferido y preferiré siempre la monarquía representativa: pienso que la libertad que ese gobierno produce, es tan plena y completa bajo esta forma de gobierno, como bajo una república; pero creo que las monarquías vendrán á parar en repúblicas si se empeñan en desechar la libertad. (N. ED.)

marca quien me envía al cadalso? En vano es torturar la imaginación, inventar frases, y sutilizar el ingenio; la mayor desdicha de los hombres consiste en tener leyes, y tener un gobierno (a).

El estado social es tan opuesto al de la naturaleza, que generalmente todos los seres débiles son los que aspiran constantemente al gobierno: el niño pega á los criados: el estudiante quiere enseñar al maestro; el ignorante pretende empleos y por lo general siempre los consigue; el hipocondriaco fastida á sus tertulios con la gota; el anciano reclama para sí los primeros destinos y la mujer domina á todos.

En el estado de la naturaleza el niño no hace mas que callar y esperar, la mujer vive sumisa, el guerrero y el fuerte son los que mandan, y el anciano se sienta al pié de un árbol y espera la muerte (1). (*Pensamientos relativos al mismo asunto*).

Seamos hombres, es decir, libres. Aprendamos á despreciar las preocupaciones del nacimiento y de las riquezas, á elevarnos sobre los poderosos y los monarcas; demos energía á nuestra alma y elevación al pensamiento; no nos desprendamos nunca, ni en la posteridad ni en el infortunio de la dignidad de nuestro carácter y sepamos desafiar la pobreza y sonreír á la muerte; mas para conseguir todas esas ventajas, es preciso que principiemos por desapasionarnos de las instituciones humanas, sean las que fueren. Rara es la vez que vemos los sucesos bajo el aspecto que realmente tienen, sino siempre desfigurados al través del

(a) ¡Misericordia! Eso mismo he dicho en otra parte del *Ensayo*. Es una lindeza que no me podía cansar de repetir. No parece sino que los salvajes que M. Violet hacía danzar en una quinta cerca de Albany me habían trastornado la cabeza (*V. Itinerario*). (N. ED.)

(1) Un cierto individuo llamado Felipe le Coq, natural de una aldea del Poitou, pasó durante su infancia al Canadá y despues de la toma de Quebec (campana de 1754) en donde había servido de soldado, se retiró á las Cinco-Naciones, se enlazó con una india y olvidando enteramente las costumbres de su país se convirtió en un verdadero salvaje. No fue poca la sorpresa que al viajar yo por aquellos países, tuve al saber que allí cerca, en los bosques se había establecido un compatriota mio. Dime prisa á visitarlo, y lo encontré ocupado en hacer estacas delante de la puerta de su cabaña. Al verme me dirigió una mirada bastante fria y prosiguió su trabajo; mas así que le dirigí una palabra en francés, se estremeció al recuerdo de su patria y rodó una gruesa lágrima por sus mejillas. Aquellos conocidos acentos habían despertado súbitamente todas las sensaciones de la infancia en el corazón del anciano: en la juventud echamos poco de menos nuestros primeros años; mas á proporción que vamos avanzando se nos hace cada vez mas amable su recuerdo: entonces es cuando cada uno de nuestros días pasados se nos presenta como un triste término de comparación. Felipe me rogó que entrase en la cabaña, y en efecto entré. Costábale mucho trabajo expresarse y reunir las antiguas ideas del hombre civilizado; yo le observaba con toda mi atención. Pude notar que había dos especies de cosas relativas enteramente borradas de su cabeza, la de la propiedad de lo superfluo y la de incomodar á otro sin necesidad. No quise hacerle entrar en el punto mas interesante de la conversacion hasta que al cabo de algunas horas pudo reunir suficiente número de palabras y de ideas para contestarme. Por último le dije: ¿sois dichoso Felipe? «¿Dichoso? dijo él reflexionando... ¿Dichoso? sí, si lo soy desde que me he hecho salvaje.—¿Y cómo pasais vuestra vida? Al oír esta pregunta el anciano se echó á reír y yo repliqué. «Ya lo comprendo: no creais que esa pregunta merezca contestación. ¿No deseariais volver á vuestra antigua vida, y ver vuestra patria?—¿Mi patria? ¿La Francia? Si no me hallara tan anciano desearia volverla á ver....—¿Y no deseariais quedaros en ella? Un movimiento de cabeza del anciano me dió á entender la contestación. «Y ¿qué os motivó á hacerlos, como vos decís, salvaje?—No lo sé, el instinto.» Esa palabra del anciano puso fin á mis dudas y á mis preguntas. Permaneci dos días observándolo, y no lo vi desmentirse ni una sola vez. Su alma libre del combate de las pasiones sociales, me pareció, expresándoseme á la manera de los salvajes, «tranquila, como el campo de batalla, despues que los guerreros han fumado juntos el *calamet* de paz.»

prisma de nuestros deseos, y nuestra vida se pasa poco mas ó menos bajo la misma engañosa apariencia que la del que mirara el firmamento cubierto de nubes al través de un cristal de color que le hiciera creer que es una vasta atmósfera serena. En tanto que nos dejamos halagar de tan vagas quimeras el tiempo vuela, y repentinamente se abre la tumba junto á nosotros. Los hombres salimos de la nada y á la nada volvemos: la muerte es un gran lago en medio de la naturaleza; á él van á sepultarse nuestras vidas como los ríos al mar, y del seno de ese mismo lago salen en seguida otras generaciones que despues de un curso mas ó menos largo sobre la tierra vienen á confundirse en su primer origen. Aprovechémonos, pues, de estos veloces momentos que nos es dado permanecer sobre la tierra para conocer por lo menos la verdad. Si es la verdad política la que deseamos conocer, no será muy difícil nuestra empresa. Supongamos que despues de haber sufrido persecuciones, y haber permanecido veinte años sepultado en el fondo de un calabozo (2) sin mas motivo que la arbitrariedad de un ministro despótico, me escapo lleno de indignación de la Bastilla, lanzándome en brazos de la democracia; en este nuevo partido me está esperando un antropófago en la guillotina. El republicano continuamente expuesto á ser robado, saqueado, y hecho pedazos á manos de un populacho furioso celebra su felicidad (3) en tanto que el vasallo arrastrando tranquilamente la cadena, pondera los espléndidos banquetes y la opulencia de su amo. ¡Hombre de la naturaleza! Solo por tí me envanezco de ser hombre! Tu corazón no conoce la dependencia: tú ignoras lo que es arrastrarse por los salones de un palacio, ni tener que acariar á un tigre popular. ¿Qué te importan á tí nuestras artes, nuestro lujo, ni nuestras ciudades? Si deseas contemplar un espectáculo sublime, vas al templo de la naturaleza, al religioso recinto del bosque: las columnas llenas de musgo de las encinas sostienen la antiquísima bóveda; una claridad misteriosa penetra en la santa oscuridad del santuario, y confusos rumores, leves suspiros, suaves murmullos y cantos melancólicos y llenos de melodia resuenan bajo las bóvedas sonoras. Dícese que el salvaje no conoce las dulzuras de la vida. ¿Podrá ignorarlas quien á nadie tributa vasallaje; quien vive enteramente libre de la influencia de las revoluciones, quien no tiene que envilecer sus manos dedicándolas á un trabajo asalariado, ni humillarse por un oficio todavía mas vil que es el de murmurador? ¿No valdrá algo el poder mostrarse impunemente siempre grande, siempre altivo, siempre libre? El no conocer las odiosas distinciones del estado civil, y finalmente, el no poder ser obligado á pasar una parte de su vida en ocultar sus sentimientos y la otra en ser testigo de los vicios y estupideces sociales sintiéndose dotado del orgullo y la noble franqueza del hombre?

Sé muy bien que no faltará quien me diga que soy uno de aquellos sofistas que sin cesar están ponderando la felicidad del salvaje á expensas de la del hombre civilizado. Confieso que si eso se llama ser sofista, yo

(2) Como cierto desgraciado á quien Malsherbes puso en libertad.

(3) Dícese que las tempestades de la democracia valen mas que la calma del despotismo. Eso es una frase sonora y nada mas. Nadie me persuadirá de que el reposo no es una parte esencial de la felicidad, cuando por el contrario he observado que sin cesar propendemos á ese objeto: trabajamos para descansar; andamos para disfrutar un sueño mas dulce, pensamos para dar luego treguas al pensamiento; el amigo reposa en el corazón del amigo; el amor funda el colmo de voluptuosa felicidad en el reposo, y finalmente el desgraciado que ha perdido su felicidad sobre la tierra aspira también al reposo de la tumba y la naturaleza le presenta la idea de la muerte al fin de sus desgracias, como Hércules sus columnas, allá donde creyó estar situada la extremidad del mundo.

lo soy, pero en ese particular tengo de mi parte algunas brillantes capacidades. ¿Pues qué? ¿Será preciso que tolere la perversidad del mundo civilizado, que en una parte ensalza á las nubes la república y persigue á los monárquicos, y en otras deprime á los republicanos y proclama como el gobierno mas perfecto la monarquía? ¿Tendré que aprobar y aplaudir el orgullo y la estupidez de los ricos y poderosos, y la bajeza y envidia del pobre y del humilde? Los cuerpos políticos, sea cual fuere su forma, no son mas que un conjunto de pasiones que como en un foco comun se corrompen y descomponen. Los menos malos son aquellos en cuya exterioridad se nota todavía algun vestigio de decoro, y los que menos abiertamente repugnan á la vista, los que son, digámoslo así, como aquellos montones de sustancias impuras destinadas á fertilizar el campo, cuyo hediondo aspecto suele tal vez disimularse cubriéndolos (a) con algunas verdes ramas.

¿Pero tendremos que decir por última consecuencia que no hay gobierno, y que no hay libertad? ¿Libertad? Hay una libertad deliciosa (b), celestial, la de la naturaleza. ¿Cuál, es pues, esa libertad que nos ponderais como si fuera la suprema dicha? Imposible me sería pintarla: lo mas que puedo hacer es manifestar cómo ejerce su influencia sobre nosotros. Venga el lector á pasar conmigo una noche entre los salvajes del Canadá, tal vez de esa manera me será posible darle una idea de esa especie de libertad. La imagen de semejante noche le aliviará de la penosa sensación que le habrá causado el atravesar el conjunto de miserias que he acinado en esta obra, y sus últimas páginas le dejarán en su muerte un agradable recuerdo. Entonces el lector cerrará el libro sintiendo su espíritu mas tranquilizado y mas dispuesto á distinguir las verdades entre los errores que hay en esta obra de los cuales soy mas capaz que nadie por mi escasez de luces.

## CAPITULO LVII Y ULTIMO.

### UNA NOCHE ENTRE LOS SALVAJES DE AMÉRICA.

Todo desgraciado trata naturalmente de reproducir ilusiones de ventura trayendo á la memoria la imagen de dichas pasadas. Cuando me siento acosado del fastidio de la vida, cuando mi corazón se contrae por el daño que le causa el trato de los hombres, la mente se aleja espontáneamente de cuanto me rodea en aquellos momentos, y va á refugiarse en la oscuridad de las escenas que ya pasaron. ¡Meditaciones encantadoras! Placeres misteriosos é inefables de un alma que se goza en sí misma; allá en el fondo de las inmensas soledades de América, es en donde he saboreado mas placidamente vuestra consoladora influencia. Todos se jactan de amar la libertad y apenas hay una persona que se haya formado de ella una idea cabal. Cuando en mis viajes por las tribus indias del Canadá dejé atrás las habitaciones europeas y me encontré por primera vez solo en medio de un océano de bosques, y teniendo por decirlo así, la naturaleza prosternada á mis pies, se verificó en mi exterior una extraña revolución. En la especie de delirio que se apoderó de mi alma, me separé de toda senda, iba de un árbol á otro, de aquí para allí, sin seguir ninguna dirección, diciendo para mí: «Aquí no hay carreteras á que sujetarse, ni ciudades, ni casas angostas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes; aquí no hay códigos, no hay hombres. Hombres sí, pero son unos

(a) Perdónese á un emigrado, á un infeliz, á un jóven que cree hallarse en las puertas de la muerte esas fanfarfonadas contra la sociedad: ningún mal resultado pueden producir esas amargas quejas, y por otra parte no carecen absolutamente ni de elevación, ni de generosidad. (N. ED.)

(b) Ya estoy en mi terreno: hagámonos salvajes. (N. ED.)

buenos salvajes (c) que ni hacen caso de mí, ni yo de ellos, y que como yo vagan libremente por donde se les antoja, comen cuando tienen necesidad y duermen cuando les place dormir. Para ver si por último habia yo logrado restablecerme en el pleno ejercicio de mis derechos originales, me entregaba á mil caprichosos actos de la voluntad que hacian desesperar al flemático holandés que me servia de guía, dándole acaso á entender que yo habia perdido el juicio.

Al verme libre del tiránico yugo de la sociedad, comprendí el valor de la independencia de la naturaleza, que excede en mucho á cuantos placeres caben en la imaginación del hombre civilizado. Entonces comprendí el por qué los salvajes no quieren civilizarse, al paso que muchos europeos se hacen salvajes, y finalmente, porque el sublime *Discurso sobre la desigualdad de condiciones* es tan poco conocido de la mayor parte de nuestros filósofos. Es increíble lo raquíticas y diminutas que parecen las naciones y sus fórmulas de gobierno: parecióme que veia los pueblos de la tierra con un antejo inverso, ó mas bien, que habiendo yo mismo tomado colosales proporciones, contemplaba con ojos de gigante los restos de mi raza degenerada.

Vosotros, que tratais de escribir acerca del hombre, transportaos á los desiertos, vivid algunos dias como hijos de la naturaleza, y entonces, y solo entonces, dejad correr vuestra pluma.

Entre los innumerables gozes que experimenté durante aquellos viajes, uno particularmente me causó vivísima sensación (1).

Pasé á ver la famosa catarata del Niágara atravesando las tribus indias que viven en los desiertos al Oeste de las plantaciones americanas. Eran mis guías el sol, una brújula de bolsillo, y el holandés de que acabo de hablar, el cual entendia perfectamente cinco dialectos del idioma huron. Nuestro equipaje consistia en dos caballos, á los cuales dejabamos atar libres por el bosque durante la noche con sola la precaución de atarles una campanilla al cuello: por de pronto, tuve temor de perderlos; pero me tranquilizé, porque el holandés me aseguró que aquellos animales por su admirable instinto, no perdian nunca de vista la hoguera que nosotros encendíamos.

Cierta noche, que segun nuestro cálculo no nos hallábamos mas que á siete ú ocho leguas de la catarata, echamos pié á tierra antes de la puesta del sol, y estábamos construyendo nuestra choza y encendiendo nuestra hoguera como los indios, cuando vimos en el

(c) ¡Buenos los salvajes, y se comen á sus vecinos! (N. ED.)

(1) Todo lo que sigue, exceptuando algunas adiciones está sacado de un manuscrito de esos viajes, que ha perecido juntamente con otras muchas obras principiadas tales como las tituladas *Cuadros de la naturaleza* y la *Historia de una nacion salvaje del Canadá*, especie de novela, cuyo cuadro enteramente nuevo y las descripciones de asuntos desconocidos de nuestros climas habrian podido merecer la indulgencia del lector. No falta quien se ha dignado tributar alguna alabanza á mi manera de pintar la naturaleza; pero si hubieran leído aquellos diversos pasajes escritos sobre la rodillas entre los mismos salvajes en los bosques y al borde de los lagos de América, me atrevo á presumir que habrian encontrado en ellos cosas mas dignas del público. De todas aquellas obras nada mas me queda que algunas hojas sueltas, entre las cuales se encuentra la descripción de la *noche* á que se refiere esta nota. Yo estaba destinado á perder durante la revolución francesa fortuna, parientes, amigos y otra cosa que nunca puede subsanarse, que es el fruto de los trabajos del pensamiento, único bien que acaso nos pertenece exclusivamente.

\* Trátase de los *Natches*. Ya he dicho que los primeros ensayos de esa obra habian perecido, pero que en Londres encontré un manuscrito de que me servi para terminarla. He publicado ese manuscrito con el título de *Los Natches* habiendo sacado anteriormente de su texto la *Atala* y *René*. (N. ED.)

mismo bosque el fuego que algunos salvajes acampados en la misma orilla del arroyo en que nos hallábamos, habian encendido. Dirigímonos hácia ellos, y habiéndoles el holandés por orden mia pedido y obtenido en el acto permiso de pasar la noche en su compañía, nos pusimos á hacer la misma faena que ellos hacian. Despues de haber cortado ramas, plantado estacas, arrancado cortezas para cubrir nuestro palacio, y concluido algunos otros trabajos de pública utilidad, cada cual fue dueño de entregarse á sus ocupaciones particulares. Mi guía tuvo cuidado de dar pienso á los caballos y traerme la silla del mio que me venia sirviendo de fiel almohada durante toda la travesía, cosa que el holandés no necesitaba, pues como menos delicado, se acomodaba perfectamente sobre cualquier tronco de árbol. En seguida nos sentamos todos alrededor de una inmensa hoguera con las piernas cruzadas como los sastres, y nos pusimos á fostar las mazoreas de maiz y á preparar nuestra cena. Yo conservaba todavía una botella de aguardiente que contribuyó no poco á dar alegría á los salvajes, y con la cecina de oso que estos tenían en sus provisiones, dimos principio á nuestro regio festin.

Componíase la familia de dos mujeres con dos niños de pecho, y de tres guerreros: dos de estos tenían de cuarenta á cuarenta y cinco años, aunque en realidad parecian tener mas, y el tercero, era un jóven. No tardó en hacerse general la conversacion, aunque yo no podia tomar parte en ella mas que con algunos monosílabos y con abundancia de gestos, expresivo idioma que aquellos pueblos entienden perfectamente, y que yo habia aprendido de ellos. Solo el jóven guardaba un obstinado silencio, no dejándome de mirar ni un solo instante. Distinguíase facilmente á pesar de las rayas negras, encarnadas y azules, á pesar de sus orejas recortadas y de la perla que colgaba de su nariz la nobleza y sensibilidad que animaban su rostro. ¡Cuánto hubiera apreciado yo su afecto! Parecióme que en el fondo de su alma leia la historia de todos los males con que los europeos han abrumado á su patria.

Los dos niños enteramente desnudos, se habian quedado dormidos á nuestros pies delante del fuego: las madres los cogieron suavemente en sus brazos con aquella ternura maternal que tanto agrada ver en los supuestos salvajes: la conversacion fue apagándose por momentos, y por último, cada cual quedó dormido en el mismo puesto en que se hallaba.

Solo á mí no me fue dable cerrar los ojos: oyendo por todas partes las profundas aspiraciones de mis dormidos compañeros, levanté la cabeza, y apoyándome en el codo, contemplé al rojizo resplandor de la hoguera que se iba extinguiendo, á los indios tendidos en derredor mio, y sepultados en un profundo sueño. Confieso que me costó no poco trabajo retener las lágrimas. Jóven, ¡qué interesante me pareció tu sueño! Tú, que tan sensible te manifestabas á los males de la patria, eras demasiado grande, demasiado superior para tener desconfianza del extranjero. Europeos, ¡qué lección nos ofrecia aquel espectáculo! Esos mismos salvajes á quienes hemos perseguido á hierro y fuego, á quienes nuestra avaricia no dejaria en todo el continente que antes era su vasto patrimonio una miserable azadonada de tierra con que cubrir sus cadáveres; esos mismos salvajes dan hospitalidad á su enemigo, parten con él su miserable alimento, su lecho jamás visitado por los remordimientos, y duermen á su lado con el sueño del justo. Esas virtudes son tan superiores á nuestras virtudes convencionales, como el alma de aquellos hombres de la naturaleza es superior á la del hombre de la sociedad.

(a) La luna brillaba con claridad en el firmamento.

(a) Aquí principia la descripción de la noche tal como se encuentra en el *Genio del Cristianismo*, lib. v, cap. xii, in-

Exaltado yo con aquellas ideas, me levanté y fui á sentarme al pié de un árbol que extendia sus ramas al borde de un arroyo. Era una noche de aquellas que el humano pincel nunca alcanzará á copiar, y cuyo recuerdo quedó deliciosamente grabado en mi memoria.

La luna se hallaba en su apogeo: en los intervalos del firmamento no ocupados por los celajes, brillaban millares de estrellas. Unas veces la luna se velaba en un grupo de nubes que parecian la cima de altos montes coronados de nieve, y luego prolongándose poco á poco se iban desarrollando en forma de zonas diáfanas y ondulaciones de raso blanco, ó se transformaban en ligeros copos de espuma, que por su multitud parecian rebaños de blancas ovejas errantes por las azuladas llanuras de los etéreos espacios. Otras veces la bóveda celeste, parecia haberse trocado en un arenal donde podia distinguirse la superposicion de las capas horizontales, y se distinguian los surcos paralelos trazados por el flujo y reflujo regular del mar: de repente, una ráfaga de viento rasgaba el velo y daba nueva combinacion á los celajes formando al parecer con ellos inmensos bancos de un algodón de una blancura tan resplandeciente y tan suave á la vista, que uno creia tocar su blandura y la elasticidad. No menores encantos ofrecia la escena que pasaba sobre la tierra: la plateada y dulce claridad de la luna, flotaba silenciosamente sobre la cima de los bosques, y penetrando por los intervalos de los árboles, lanzaba torrentes de luz hasta en las mas profundas tinieblas. El arroyuelo que corria á mis pies, se ocultaba á poca distancia bajo la espesura de unas encinas cauces, y unas cañas de azúcar; luego volvía á brillar en un espacio despejado de árboles, reflejando en su clara corriente todas las constelaciones de la noche, de manera, que bien podia ser comparado con una banda de *mauré* azul, salpicada de brillantes, y transversalmente cortada por líneas negras. A la otra parte del riachuelo en una inmensa pradera, la claridad de la luna dormia sin movimiento sobre el cesped, semejante á una vasta pieza de tela blanca extendida en el suelo. Algunos grupos de álamos blancos confusamente esparcidos por aquella llanura, tan pronto se confundian á merced de la brisa con el suelo bañándose en los pálidos resplandores de la luna, como destacándose quedaban sumergidos en la oscuridad, formando como islas de sombras flotantes en medio de un inmóvil océano de luz. Todo en mi alrededor era silencio y reposo no turbado sino por la caída de alguna hoja, alguna repentina ráfaga de viento, ó los gemidos raros y no interrumpidos de un ave nocturna; pero á lo lejos resonaba por intervalos el solemne rumor de la catarata del Niágara que en medio de la calma de la noche se iba propagando de desierto en desierto, y espiraba al través de las selvas solitarias.

La grandeza, y la maravillosa melancolía de aquella escena, no pueden expresarse en términos humanos, ni las noches mas magníficas de Europa alcanzarían á dar una idea de ellas. En vano la imaginación en medio de nuestros campos cultivados, trata de extenderse, pues por todas partes tropieza con las habitaciones de los hombres; pero en aquellos países desiertos, el alma se complace en esplayarse, en perderse en un océano de eternos bosques; complácese el espíritu en andar errante á la luz de las estrellas por las orillas de los lagos inmensos, en cernerse sobre el estrepitoso abismo de las cataratas, en precipitarse con la masa de las ondas, y por decirlo de una vez, en mezclarse y confundirse con toda aquella naturaleza selvática y sublime.

Aquellos gozes son demasiado vivos: tal es nuestra debilidad, que los placeres muy exquisitos se convier-

titulado *Dos perspectivas de la naturaleza*, comparando ambas descripciones se verá lo que el gusto me ha hecho suprimir ó añadir á mi segundo trabajo. (N. ED.)

ten en dolores, como si la naturaleza temiera que nos olvidemos de nuestra condicion de hombres. Concentrado en mi propia existencia, ó mas bien dicho, derramado completamente en cuanto habia en torno mio, no teniendo un pensamiento fijo ni una idea distinta, sino solo una inefable é indefinible sensacion muy parecida á la felicidad mental que nos aseguran que gozaremos en la otra vida, fui repentinamente traído al terreno de mi propia flaqueza: empecé á sentirme indispuerto, y conoci que ya era hora de salir de aquella situacion. Regresé pues á mi choza, y acostándome al lado de los salvajes, no tardé en quedar sumergido en un sueño profundo.

Al despertar al día siguiente, vi que mis compañeros se estaban disponiendo para emprender la marcha. Tambien mi holandés habia ensillado los caballos, los guerreros se habian armado, y las mujeres se ocupaban en reunir el bagaje que consistia en pieles, maiz y cecina de oso. Púseme en pié, y sacando de mi saco de noche un poco de pólvora y algunas balas, tabaco, y una caja de bermellon, regalé á mis generosos huéspedes que al parecer quedaron muy satisfechos de mi generosidad. En seguida nos separamos, no sin dar antes algunas señales de ternura y sentimiento, lo cual expresaban aquellos hombres de la naturaleza tocando nuestras frentes y pecho, ceremonias, que en mi concepto no valen menos que nuestros estudiados cumplimientos. Hasta el jóven indio estrechó cordialmente la mano que yo le presentaba, y por último, nos separamos mutuamente satisfechos. Ellos tomaron el camino hácia el Norte, guiándose por los musgos; y nosotros nos dirigimos hácia el Oeste conducidos por mi brújula. Los tres guerreros dieron el grito de marcha y se pusieron al frente, y las mujeres caminaban detrás de ellos cargadas con el equipaje, llevando además los niños envueltos en pieles y colgados de la es-

palda. Seguí largo tiempo con la vista aquella marcha verdaderamente paternal, enterneciéndome con la infantil sonrisa de los niños que de cuando en cuando volvían hácia mí su cabeza como para despedirse, hasta que por último, todos desaparecieron entre los árboles de la selva.

¡Bondadosos salvajes! vosotros que me concedísteis hospitalidad, y que probablemente nunca volveré á ver, séame lícito daros en esta ocasion un tributo de mi agradecimiento. ¡Ojalá el cielo os conceda gozar por largo tiempo vuestra preciosa independencia en esas hermosas soledades en donde mis deseos de que seais felices no cesan un punto de acompañaros! Amigos inseparables, ¿en qué rincon de vuestros inmensos desiertos habitais en la actualidad? ¿Permaneceis siempre unidos y siempre dichosos? ¿Hablais alguna vez del extranjero del bosque? ¿Podeis figuraros en vuestra imaginacion los sitios donde vive? ¿Le consagrais un grato recuerdo cuando os hallais en las orillas de vuestros rios solitarios? Generosa familia, la suerte de aquel extranjero ha cambiado mucho desde aquella noche que pasó en compañía vuestra; pero en medio de todo, se consuela pensando, que en tanto que se ve perseguido por los hombres de su país, se pronuncia aun con ternura su nombre al otro lado de los mares en el fondo de algun ignorado desierto por algunos pobres indios (a).

(a) Con este mismo apóstrofe á los salvajes termina poco mas ó menos *La Atala*, y con él termino tambien este penoso trabajo que mi deber y mi conciencia me impusieron. Me he presentado á la faz de los hombres tal cual fui al principio de mi carrera y tal cual soy al conducirla, juzguenme si es que merezco la pena de que se ocupen de mi persona, en tanto que sobre todos nosotros no viene á caer el juicio supremo que nos ha de dar el puesto que merezcamos. (N. ED.)

## NOTA.

REFUTACION DE TODOS LOS CAPÍTULOS PRECEDENTES RELATIVOS AL CULTO CATÓLICO.

(Extracto del Genio del Cristianismo.)

NINGUNA otra religion ha presentado sobre la tierra un sistema semejante de beneficios, de prudencia y de prevision, de fuerza y de dulzura, de leyes morales y de leyes religiosas. Nada hay mas sabiamente arreglado que esos círculos, que partiendo del último beneficiado de aldea se elevan hasta el trono pontificio que se apoya en ellos y los corona. De esta manera la Iglesia por sus diferentes grados, satisfacía nuestras diversas necesidades; artes, letras, ciencias, legislación, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, fundaciones humanitarias, todos esos magníficos beneficios llegaban hasta nosotros por las categorías superiores de la gerarquía, en tanto que de las inferiores emanaban los detalles de la caridad y la moral hasta las últimas clases del pueblo. Si la Iglesia desde su último escalon hasta el primero, fue pobre en otros tiempos, no consistió sino en que la cristiandad era tan indigente como ella. Mas no pudo exigirse que la Iglesia siguiera siendo pobre, cuando la opulencia se fue extendiendo á su alrededor. Si la Iglesia hubiese subsistido en su estado de pobreza, habria perdido toda su consideracion, y ciertas clases de la sociedad con las que no habria podido tener comunicacion, se hubieran ido substraendo de su autoridad moral. El gefe de la Iglesia tuvo que ser príncipe para hablar

con los príncipes; los obispos, hallándose nivelados con los poderosos, pudieron instruirles de sus deberes, y finalmente, los clérigos seculares y regulares, habiéndose sobrepuesto á las necesidades de la vida, pudieron alternar con los ricos, y purificar las costumbres de estos; de manera, que el simple párroco, pudo estar en contacto con el pobre, aliviando con repetidos favores su miseria, y consolándolo por medio de su ejemplo.

»No es esto decir que el mas indigente de los sacerdotes no hubiera podido tambien instruir á los poderosos del mundo y atraerlos á la virtud, sino que no le era tan fácil, como al alto clero, seguirlos al través de las vicisitudes de la vida ni hablarles de un modo que los poderosos hubiesen perfectamente entendido. La misma consideracion de que gozaban dimanaba en parte de las gerarquías superiores de la Iglesia. Por otra parte un gran pueblo debe tener un culto honorable y altares en que el desgraciado pueda encontrar socorro.

»Fijese la atencion en esas corporaciones de caridad, de peregrinos, de la buena muerte, de enterradores, en esos establecimientos para insensatos y para huérfanos; buscad si es que podeis en el largo ca-

tálogo de miserias humanas, una sola enfermedad física ó moral, en cuyo obsequio la religion no haya fundado un oportuno asilo!

»Por lo demás las persecuciones de los romanos contribuyeron por de pronto á poblar las soledades, y luego habiéndose precipitado los bárbaros sobre el imperio, y habiendo destrozado todos los vínculos de la sociedad, no les quedó á los hombres mas esperanza que Dios.

No faltará quien diga que habiendo dejado de existir los causas que en otros tiempos dieron origen á la vida monástica, los conventos habian llegado á ser una cosa inútil. Pero ¿cuando han dejado de existir esas causas? ¿Pues qué? ¿Ya no hay huérfanos? ¿no hay enfermos? ¿no hay pobres? ¿no hay viajeros? ¿no hay desgraciados? ¡Ah! Ciertamente que las calamidades de los siglos bárbaros han desaparecido, pero no lo es menos que la sociedad tan fecunda en crear tormentos, tan ingeniosa en concebir dolores, ha dado margen á otras mil causas de infortunio que nos aislan por decirlo así en un mundo de miserias. ¡Qué de pasiones contrariadas, qué de esperanzas malogradas y qué de sinsabores amargos no nos alejan cada día del círculo de los dichosos! Grato era en aquellos momentos de angustia suprema poderse albergar en un establecimiento religioso y hallar asilo en su callado recinto contra los rudos golpes de la fortuna y las borrascas de su propio corazón.

¿Quién enumerará tus obras, Dios de los cristianos? Do quiera que se vuelva la vista no se ven mas que monumentos de tus beneficios. En las cuatro partes del mundo ha distribuido la religion sus milicias y apostado centinelas de la humanidad. El monge maronita llama con el sonido de dos planchas metálicas suspendidas de la copa de un árbol al extranjero que la noche ha sorprendido entre los precipicios del Líbano: aquel artista pobre é ignorante no sabe otro modo de llamar; el monge abisinio os espera en sus bosques en medio de los tigres y el misionero americano vela por vos en sus inmensas selvas. Si el naufragio os arroja á unas playas desconocidas tal vez á lo lejos vereis la cruz sobre una roca. Desdichado de vos si aquel signo de salvacion no os hace derramar alguna lágrima! Ya estais en país de amigos, ya estais entre cristianos. Sois francés y ellos son españoles, alemanes, tal vez ingleses. ¿Qué importa? ¿no sois todos de la gran familia de Jesu-Cristo? Aquellos extranjeros os reconoceran por hermanos; así os lo asegura aquella piadosa señal que veis á lo lejos. Nunca os han visto y sin embargo lloran de alegría al ver que os habeis salvado de los peligros del desierto.

»Inmensa y sublime idea que convierte en amigo del cristiano de Francia al cristiano de la China, y al monge egipcio en hermano del salvaje neófito! No podemos ya llamarnos extranjeros sobre la tierra, ni podemos extraviarnos en un vasto recinto. Jesu-Cristo nos ha devuelto el patrimonio perdido por el pecado de Adán. ¡Cristiano! ya para tí no hay océano, ni hay desiertos desconocidos: en todas partes encontrarás quien hable el idioma de tus abuelos, y la cabaña de tu padre.

»Dejando la religion á nosotros mismos el cuidado de procurarnos alegrías no se ha ocupado, á manera de una tierna madre, mas que del consuelo de nuestros dolores; pero para esa inmensa y difícil empresa ha querido contar con la cooperacion de todos sus hijos é hijas. A los unos les ha confiado el cuidado de nuestras enfermedades, como lo atestigua esa multitud de religiosos de ambos sexos dedicados al servicio de los hospitales; y á los otros como á las hermanas de la caridad les ha encomendado los pobres. El reli-

gioso de la redencion se embarca en Marsella ¿adónde va ese fraile con su baston y su breviario? Ese fraile es un conquistador que va á combatir por la humanidad y á extender sus límites: las armas que lleva para vencer en esa lucha son invisibles. Con la bolsa de la caridad en la mano corre á desafiar la peste, el martirio y la esclavitud. Se presenta al dey de Argel y le habla en nombre del rey celeste de quien es embajador. El bárbaro se admira al ver ese europeo que del otro lado del mar se atreve á presentarse solo y á pedir la libertad de los cautivos, vencido por una fuerza desconocida acepta el oro que se le ofrece, y el heroico redentor satisfecho con haber devuelto algunos desgraciados á su patria oscura y desconocida vuelve á pié y humildemente á los claustros de su convento.

»Por todas partes se presenta el mismo espectáculo: el misionero que parte para la China se encuentra en el puerto con el misionero que vuelve glorioso y mutilado del Canadá. La hermana parda (*sœur grise*) corre á socorrer al indigente en su cabaña, el capuchino vuela á apagar el incendio, el hermano hospitalario lava los pies al viajero, el hermano de la buena muerte consuela al agonizante en su lecho, el hermano enterrador lleva á la última morada los despojos mortales del pobre; la hermana de la caridad sube á la mas alta boardilla á prodigar dinero, vestidos y esperanzas, esas hermanas tan justamente llamadas hijas de Dios, llevan á donde quiera que hagan falta caldos, hilas y medicinas; la hija del buen pastor alarga su caritativa mano á la mujer perdida y le dice: *Observa que no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores!* El huérfano encuentra un padre, el demente un médico y el ignorante un maestro. Todos esos artífices de celestiales obras corren precipitadamente á su tarea animándose unos á otros. Entre tanto la religion atenta al trabajo de sus predilectos y enseñándoles una inmarcesible corona, les dice: «¡Valor, hijos míos! ¡Valor! Anticipaos á los males en la carrera de la vida. Haced por merecer esta corona que os tengo preparada, y que os libertará de todos los males, de todas las necesidades.»

«¿Ocurría por ventura alguna cosa de aquellas que desgarran el alma, algun asunto de aquellos de que los hombres enemigos de molestias, no se atrevieran á encargarse por miedo de turbar la serenidad de su vida? Allí estaban los hijos del claustro, en particular los P. P. de la órden de San Francisco dispuestos á tomarlo por su cuenta: suponíase que unos hombres que espontáneamente se habian consagrado á la miseria debian ser los herederos forzosos del infortunio. El uno se comprometía á dar á una familia noticia de la pérdida de su fortuna; el otro se encargaba de la dolorosa comision de anunciar la muerte del único hijo: el gran Bourdaloue cumplió no pocas veces con este tristísimo encargo: presentábase silenciosamente delante del desgraciado padre á quien iba á dar la noticia, cruzaba los brazos sobre el pecho, se inclinaba profundamente hácia delante, y se retiraba mudo como la muerte de la que era mensajero.

»Habrà quien crea que pudiera ser grato (grato á la manera del mundo) para un franciscano, un carmelita, ó otro de cualquiera órden que fuese el bajar á los calabozos á anunciar su sentencia á un hombre feroz, á oirlo, consolarlo, y á tener durante días enteros el alma desgarrada con tan desconsoladoras escenas? Alguna vez en medio de esos actos de abnegacion se ha visto caer gota á gota el sudor de la frente de aquellos compasivos religiosos, hasta el punto de mojar la capilla, que bien podia llamarse sagrada desde aquel momento á despecho de todos los sarcasmos de la filosofía: ¿Qué honor, qué provecho resultaba á los P. P. de tales sacrificios no siendo el escarnio del mundo, y las groseras injurias tal vez por parte del